

## PREGUNTAS IV Y V DE TELEVISIÓN

Seminario Escuela

Vigo 12 de febrero de 2016

Camila Vidal

Nos corresponde hoy, segunda sesión del Seminario Escuela, el comentario de Las preguntas IV y V del texto de Lacan Televisión.

Como ya saben se trata de una entrevista en la Televisión a J. Lacan en el año 1.973.

Nos encontramos con un texto, a mi modo de ver, difícil del que además no tenemos muchos comentarios. O por lo menos yo no los he encontrado.

Está el trabajo de un cartel en Barcelona sobre el punto IV que es muy interesante porque además del comentario encontramos en él el despliegue de las referencias de Lacan tanto a la física como a la filosofía, lo que sin duda ayuda mucho a la lectura.

Está también el Seminario RSI, en el que podemos encontrar desarrolladas algunas cuestiones que Lacan plantea en estos capítulos, sobre todo en las lecciones de enero y febrero.

Contamos también con el texto de Colette Soler “Los afectos lacanianos”, donde ahí sí, en el capítulo “La serie lacaniana”, hace un recorrido exhaustivo y en profundidad de la serie de los afectos que Lacan construye en esta ocasión. Yo no los he retomado, para esta exposición, ya que todos podemos ir al libro para hacer el recorrido que ella nos propone y además tenemos la suerte de contar con ella hoy aquí, así que no me parecía pertinente hacer yo el comentario, pero se trata sin duda de una lectura imprescindible para desentrañar este capítulo IV.

Y finalmente está el Seminario 17 “El reverso del psicoanálisis” en donde podemos encontrar desarrolladas algunas de las cuestiones planteadas en este texto. Me refiero a toda la cuestión que Lacan plantea en relación con el saber que trabaja y que nos ilustra, si puedo expresarme así, con el concepto de “entropía”. La entropía, dicho rápido, es esa parte de la energía que no puede utilizarse para producir trabajo. El saber que trabaja produce una entropía, nos dice Lacan (página 51 Cap. III Saber medio de goce. Seminario 17). Me ha resultado muy interesante porque realmente nos sirve para evocar muy bien esta cuestión, tan difícil de ilustrar, que es ese goce que está perdido pero que está y que por lo tanto no se trata realmente de una falta. El saber que trabaja produce un resto, un resto que no se puede utilizar, es en ese sentido que está perdido, pero está. Evoca bien la idea de Lacan de que el goce es “lo que no sirve para nada” e incluso aquella otra de que el análisis “no tiene ninguna utilidad”

En esta entrevista Lacan se dirige a los analistas, analistas supuestos, “gracias a los cuales lo que enseñó no es un autoanálisis” (pág. 84), nos dice, lo mismo que hace en su seminario y por lo tanto no ve la necesidad de cambiar su tono a pesar de estar hablando para un medio de masas como es la TV. Y a lo largo de todo el texto trata de situar la relación entre Inconsciente, lenguaje y cuerpo, es decir de esclarecer cual es la “naturaleza”, si es que puedo expresarme así con este contrasentido, de aquello que conforma lo humano y con lo que el psicoanálisis tiene que vérselas y que marca su especificidad no solo en relación con la psicología sino también con la ciencia.

Decir la verdad es decir la no-toda, pues decir la toda es imposible, comienza diciendo, a causa de la profunda divergencia entre la Naturaleza y el Lenguaje. La verdad aspira a lo real, pero ocurre que lo real es el imposible que nos ha constituido, un imposible donde todo el lenguaje se nos adelanta en unas exigencias a las que no podemos responder, inscribiendo en el ser del pequeño infante un vagabundaje consistente en no alcanzar nunca un dominio, es decir que nos condena a no alcanzar verdad alguna. (concepto de anticipación)

Todo discurso social quiere eludir la errancia, el vagabundaje del discurso, de una verdad inaccesible que nos lleva al error y al discurso vacío por un imperativo moral de solución.

La verdad es un espejismo, deviene siempre en una enunciación del error, el error interpela al cuerpo mismo como borde de lo imposible.

Y dado que es imposible enunciar toda la verdad, solo cabe reflexionar sobre los errores que necesariamente engendra dicha aspiración. Y desde el objeto de nuestra disciplina, el psicoanálisis, el primer error es la propia palabra inconsciente señala Lacan, que tiene el inconveniente de que al ser negativa no ayuda a suponer que hay un resto. (página 86).

De un lado entonces el inconsciente, como desgarro de la intervención del lenguaje; del otro natura, los animales e igualmente el resto de nuestra condición animal. Por lo tanto el inconsciente no es solo lo no consciente, también abarca el resto y de ahí la inconveniencia de la palabra para identificar el objeto del psicoanálisis. Tenemos ahí el nudo que produce el lenguaje, condición del lenguaje y nudo de diferentes bordes: consciente, inconsciente, resto, natura.

Vamos con las preguntas.

La pregunta cuarta se refiere a la objeción hecha a Lacan sobre su fórmula “el inconsciente estructurado como un lenguaje” en relación a que no se trataría más que de palabras, palabras, palabras... y sobre qué hacer con eso que no son palabras, es decir, la energía psíquica, los afectos y la pulsión. La quinta versa sobre un tema de total actualidad que es el malestar, malestar en su doble vertiente de la civilización y en la civilización.

Lacan nos comenta que Freud tuvo una experiencia temprana con lo que él llama la SAMCDA (sociedad de ayuda mutua contra el discurso analítico) con sus primeros discípulos y que estaba advertido de ello al fundar la Internacional. La SAMCDA es un problema de estructura que engendra el propio discurso analítico con el-no-querer-saber, un “no querer saber” propio de dicho discurso. Pensemos en toda la cuestión del padre o del par goce-represión que Lacan desarrolla ampliamente en el cap V, que incorporado como saber en el discurso común, nos trae como retorno una añoranza del padre en su vertiente más reaccionaria como “destino funesto” nos dice Lacan. Es este no querer ser Santo del que nos habla en el capítulo anterior, mostrándose a si mismo como un verdadero desperdicio. En este sentido, entendido como un problema de estructura, nos concierne a todos, también a nosotros pues aunque las maneras cambian siempre buscamos una sociedad de ayuda mutua contra el discurso analítico. Es muy difícil desprenderse de los fantasmas de la energía psíquica, el afecto o la oblatividad genital, y esto es lo que engendra la SAMCDA.

Lacan denunció las desviaciones de la IPA. Según sus propias palabras del capítulo anterior, denunciar un discurso es una forma de reforzarlo, de promover su perfeccionamiento podríamos decir. Interesante reflexión dirigida a los analistas. Y por ahí comienza y termina el capítulo, por la primera desviación consistente en confundir Trieb con Instinto es decir atribuir a la pulsión un carácter de energía, de energía psíquica.

El capítulo nos va marcando toda la distancia que hay entre “la energía, constante en todo momento localizable de lo Uno donde se constituye lo experimental de la ciencia y el Drang o impulso de la pulsión que, goce, cierto, no se prende sino de los bordes corporales” (pág.110 de Televisión), es decir la diferencia entre la constante energética extraída por el físico para poder operar y el impulso de la pulsión, el drang, la permanencia de eso irreductible justamente a causa de su misma parcialidad.

Esta primera parte del capítulo está construida en base a una serie de oposiciones.

Energía natural-goce

Difra-descifrado

Discurso científico-discurso histérico

Ética aristotélica-ética del psicoanálisis

No hay nada de natural en la energía, nos dice Lacan, la energía no es nada más que la cifra de una constante, “una constante numérica que para poder trabajar necesita el físico encontrar en sus cálculos”, el proceso primario, el goce, por el contrario nos dice, es algo que se descifra. Este ciframiento del goce Freud lo maneja de una forma nada inocente pues lo estructura como el pensamiento de las abejas, no pensando, no calculando, no juzgando pero revelando en ese funcionamiento una construcción sistemática estricta y que toca los bordes del cuerpo. De ahí se revela que la construcción del síntoma histérico, nos dice, es muy semejante al discurso científico,

salvo en ese punto. En ciencia la energía se cifra, en psicoanálisis el goce se descifra. El discurso histérico construye un nuevo cuerpo podríamos decir, que nos arroja una verdad sobre el deseo del Otro, como la ciencia que también construye un nuevo cuerpo, pero no es lo mismo porque una vez llegados allí esa construcción histérica no hace cifra, no arroja ninguna constancia, sino que hay que descifrarlo en relación a cada particularidad. Ahora bien, esta oposición entre cifrado y descifrado, entre ciencia y psicoanálisis para nada propicia que el discurso matemático quede excluido del discurso analítico (número imaginario, las cadenas de **Pointcare** y **Markoff**, **la topología...**) aunque la aspiración freudiana de que esa parte matemática, que al fin y al cabo no es más que otro discurso que sujeta lo humano, pudiese a través de una termodinámica encontrar una explicación póstuma del inconsciente, no parece tener el más mínimo asidero.

Lo propio del psicoanálisis en relación con lo energético no es el cifrado sino el descifrado, por eso no estamos en el matema científico, el abordaje del psicoanálisis es discursivo no matemático. Es la lengua que conforma una estructura de lenguaje con sus discursos que implican lo matemático.

Lo único que podemos pensar que queda como cifrado, es el principio del placer, principio de Nirvana, la tendencia a la tensión mínima, la tendencia hacia la nivelación cuantitativa nos dice Freud en la Carta 52 y las redes pulsionales desplazando los afectos. Y este cifrado de la “famosa tensión menor con que Freud articula el placer” (pág 103) no es otra cosa que la lógica del punto intermedio, que Freud manejaba con maestría en su saber aristotélico. Esta ética aristotélica del punto intermedio, de la tensión menor, esta idea de un aparato concebido en su posibilidad de operar desplazamientos para mantener un sistema energéticamente estable, Lacan la opone a la ética del psicoanálisis, en donde el goce, al contrario de la cifra de la constante numérica que el físico necesita para poder trabajar, supone siempre aquello que no funciona como supuestamente debería, la falla, el tropiezo, el impulso constante de la pulsión que no conoce término medio alguno.

Entramos entonces en la cuestión del afecto.

¿Concierne al cuerpo o viene del alma? Nos pregunta Lacan,

El alma es aquí la lengua que toca el cuerpo introduciendo el pensamiento que, en definitiva, es el producto del hablar. Pero debajo de ese bla, bla, bla, está el cuerpo con su lógica de goce.

El afecto es la expresión o la constatación en el cuerpo de esta desarmonía, de esta falta de adecuación del sujeto a su mundo, a su cuerpo mismo, del vagabundaje al que hacíamos referencia al principio, al que está sometido a causa del lenguaje.

Como no hay posibilidad de cifrar esa tendencia al Nirvana de la que hablábamos anteriormente, los afectos no pueden pensarse como descarga, ni como efectos de la

adrenalina, sino como la construcción de desplazamientos permanentes de las cargas pulsionales que revelan que el Inconsciente está estructurado como si fuera una estructura de lenguaje (METÁFORA Y METONIMIA). Este desplazamiento, metonimia nos dice Lacan, solo puede medirse o juzgarse en relación a algún punto fijo. Este punto fijo es la representación, “especialmente reprimida” subraya tal como Freud nos la describe en la carta 52.

Lo que Freud nos trae en esa correspondencia con Fliess y que Lacan ha podido poner de manifiesto es justamente la construcción del resto. Se trata de ese S1 primero que el lenguaje introduce en el viviente, es el impacto de la intrusión significante y del goce en el ser vivo y que produce una falla, un corte, una separación, una hiancia y hace que todo lo inscriba a través del lenguaje. Produce un desgarramiento entre su naturaleza animal y lo que lo humaniza. Lo que queda fuera, rechazado, wervorfen, queda separado para siempre por esta primera inscripción.

Esto establece una aspiración a recuperar esa condición previa, pero que como solo puede ser recuperada a través del sujeto constituido, esa recuperación supone el malestar en la cultura ya que siempre resulta fallida. Lo que queda como primario entonces es ese cuerpo constituido de forma fragmentada en las diferentes zonas erógenas, es decir perversamente constituido, fuera de todo orden instintual.

Lo primario es entonces lo perverso, que en ese intento de recuperación produce todos los horrores que la humanidad engendra: nazismo con su aspiración a la perfección de la raza, yihadismo con su aspiración a la perfección de la religión... El exterminio de lo distinto, el cierre de la hiancia. Pero esto ya no es solo un problema del psicoanálisis, el mundo mismo, nuestra civilización, es la que cada vez más se aleja de enunciar las fallas, los errores de nuestra enferma naturaleza humana para invocar al padre, ese dios oscuro, nos dice Lacan, al que ya vemos recobrar fuerza.

Este descifrado del afecto y la pulsión haya su mejor ejemplo en la estructura de la angustia. La angustia no es un cifrado energético, tampoco una tristeza del alma, es una falla en el discurso mismo que nos constituye y que Lacan nos dice que fundó en el “objeto” en el objeto “a” pues revela la miseria, el resto que engendra todo discurso y donde a todos nos cuesta reconocernos en advenir.

Nos introduce Lacan a continuación en la cuestión de la culpa que, como problema moral, atraviesa desde la Biblia, Platón o Dante, toda la historia humana y que es en definitiva el anudamiento a descifrar al que nos remite Lacan.

El gay saber nietzschiano, como opuesto a la culpa cristiana, no soluciona la cuestión de la culpa, pues ésta retorna con lo imposible de nuevo de la aspiración al superhombre. Nos encontramos de nuevo con el intento de una recuperación imposible, una aspiración humana estructural, aspiración a la beatitud nos dice Lacan, que engendra culpa por lo imposible a lo que nos confronta. Salvo Dante en la

ocasión, quien reconociendo en Beatriz el objeto de dicha aspiración, se niega a satisfacerla; elige el exilio.

Fastidio, nos dice Lacan. Sería un fastidio, como nos señala en el siguiente capítulo, no poder dejarle eso a Dios, que eso cayera entero encima de un hombre. No obstante, el parpadeo de Beatriz nos indica que Dios tampoco la colma por entero...

Tampoco el Bien-decir escapará entonces a este efecto de estructura. El sexo solo puede maldecirse puesto que en realidad no está, ha quedado fuera (la relación sexual no existe), lo que está es la sexuación fálica.

La gaya ciencia retorna entonces al pecado que es en donde se encuentra la clave para pensar la energía, la pulsión en psicoanálisis, esa aspiración incesante, siempre renovada, ese Drang permanente por su parcialidad misma.

El Uno entonces no es la media naranja, no es la bestia de dos espaldas que irónicamente nos acerca Platón en boca de Aristófanes en el Banquete, sino el Uno frente al resto. Lo Uno del lenguaje en su serie que no atrapa a toda natura y que Freud en su equívoco imputa a Eros, pero resulta que lo que está perdido con esa primera inscripción fundante es Eros mismo (la relación sexual no existe), lo que nos ata a la vida en tanto humanos es, no lo que une sino aquello que ha quedado separado, justamente ese resto perdido, Tánatos entonces: pesadumbre, mal humor también.

Freud tuvo una idea clara de Tánatos, es decir de los efectos de la lengua en la vida misma, pero se equivocó, nos dice Lacan, al imputar Eros al Padre. Podríamos decir que creía en la ciencia, toma el lenguaje como una virtud, como una muestra de la superioridad humana, mientras que Lacan lo toma como un síntoma. De ahí la necesidad de nuestro campo lacaniano.

Eros ya no está en los bordes de ese nudo pulsional que es el panel de abejas llamado inconsciente, puesto que “cuatro no da acceso más que de ser potencia, a la desunión a la que se trata de evitar” sino en el agujero mismo, en el borde de lo real donde el objeto “a” se señala como resto.